

ALBERTO GERCHUNOFF

Alto, pequeño, rubio, moreno? Le conocíamos tanto, su nombre nos era tan familiar, tan simpáticamente familiar, tan nuestro; habíamos comentado tantas veces sus artículos, sus libros, que ayer, cuando el director nos pidió que redactáramos unas líneas de salutación para el colega que nos visita en nombre de "La Nación" de Buenos Aires, caímos en la cuenta que no conocíamos al señor Gerchunoff, detalle importante que anotamos como el mejor homenaje que pudiéramos rendir a un escritor, a un pensador, a un artista.

Estábamos seguros que al divisarlo en la calle, perdido en medio de las multitudes, habríamos de reconocerle, inevitablemente, porque no hay más que un Gerchunoff en el periodismo argentino, en la literatura argentina, en la enseñanza argentina.

Y éste es Alberto Gerchunoff, nuestro huésped, nuestro camarada, nuestro amigo...



GERCHUNOFF

Una voz enérgica, una mano sólida y leal, una mirada franca, un corpachón recio. Habla y las palabras, como de un altoparlante, construido para reproducir cosas bellas y sinceras, brotan sin esfuerzo, sin afectación.

Gerchunoff da la impresión del hombre dinámico a quien hay que hablar de prisa y escuchar corriendo. Su vida, su obra, todo lo suyo es el producto de una gran actividad, de una actividad prodigiosa, inteligente, amplia, múltiple.

Como periodista, Alberto Gerchunoff ha realizado una labor vasta y personal, desde las columnas de "La Nación", el diario más respetado de la República Argentina y el más respetado de América. Como político ha actuado en las filas del partido demócrata progresista, cuya acción se hace sentir hoy en forma visible y eficaz en la provincia de Santa Fé. Candidato a diputado en dos ocasiones, abandonó honrosamente la fracción que lo contó en su seno para dedicarse a cultivar su obra, esa vasta y fecunda obra, para cuya realización nació predestinado.

Gerchunoff comenzó su carrera literaria con "Los gauchos Judíos", libro de cuentos que la crítica argentina recibió con alborozo. En seguida publica sus "Cuentos de Ayer"; luego un volumen de polémica política que intitula "El nuevo régimen"; más tarde aparece "La Jofaina maravillosa", tan popular en la América, y por último, para

sellar este asombroso período de actividad, lanza "El Cristianismo pre-Cristiano".

Gerchunoff declara que su falta de aptitudes y de amor por la política se equilibran en él con el entusiasmo que experimenta por el estudio de la historia religiosa.

De Diciembre de 1925 a Diciembre de 1926, Gerchunoff publica cuatro volúmenes. A este período pertenecen "La Asamblea de la Boardilla", colección de diálogos fantásticos en los que hablan Tomás de Kempis, Carlos Marx, Jesús y la serpiente que dió a luz el ridículo ratón. "El hombre que habló en la Sorbona" es un libro de ensayos, precedido de un cuento satírico, en el que el autor, irónico y mordaz, pinta el caso de esos suramericanos que triunfan en la república distante, porque hablaron desde un sótano de la vieja y sapiente universidad. Fresca la tinta de este libro, da a la estampa "Pequeñas Prosas" divagaciones de carácter lírico a las que le siguen unos cuentos, reunidos bajo el rubro sugestivo y amable de "Historias y proezas de amor"...

A un hombre que ha escrito nueve volúmenes, que hace labor periodística, que sirve una cátedra, que se mueve en política y viaja puede pedírsele una anécdota.

—¿Una anécdota?

—No, mi amigo. De mí se cuentan tantas en Buenos Aires que he llegado a no creer ninguna. Además, sería darle demasiado valor a una cosa que en realidad no lo tiene.

A un hombre que lleva apuntada en un índice la lista de lo que ha publicado, no se le puede preguntar la edad, ni cuándo comenzó a escribir, ni por qué escribe.

—¿Prepara un nuevo libro?

—Sí — dice —, a mi regreso a Buenos Aires prepararé una novela y una obra de teatro, inspirada ésta en un pasaje del Evangelio.

Y agrega:

—Yo, después de uno de esos períodos de calma, de quietud, que no son muchos ni muy prolongados, como pueden ustedes suponer, escribo con ardor, continuamente, sin descanso. Me interesan—como a todos los escritores—los grandes problemas sociales y humanos, los que analizo sin ligaduras y apartándome de considerar su carácter escolástico. Desgraciadamente la lucha por la vida—como a la mayoría de los hombres de pluma en América—me impide hacer la obra exclusiva que desearía consumir.

Después hablamos de literatura argentina, de los escritores.

—Roberto Payró, premiado en el último concurso nacional, es para mí un valor definitivo. "El casamiento de laucha" honra a una nación, y luego ¿ustedes no conocen "El capitán Vergara" magnífica reconstitución de la época de la reconquista? Güiraldes, con "Don Segundo Sombra", ha construido una novela de méritos inapreciables; y por lo que hace a nuestros poetas, Fernández Moreno es para mí uno de los más grandes poetas del habla castellana: así, del habla castellana! Luis Cané me parece tan interesante como el anterior ¡qué fuerza, qué pureza clásica, qué gracia!

Una declaración preliminar de Alberto Gerchunoff nos impide interrogarlo acerca de muchas cosas.

—Yo, amigo, soy sincero; digo, con franqueza, lo que se puede decir con franqueza; lo que no...

Don Salvador Nicosía, dando voces desde otro altoparlante irrumpió en la sala.

—Amigo Gerchunoff...

Gerchunoff se defiende:

—Ya, aguarde usted...

Pero don Salvador es un hombre terrible.